

ANTONIO LOPEZ PULIDO

Egipto-Sudán: dos modelos islámicos en tensión

El atentado del pasado 26 de junio contra el presidente egipcio, Hosni Mubarak, en Addis Abeba ha reiniciado las tensiones entre Egipto y Sudán. Las autoridades egipcias, que en un primer momento acusaron a integristas sudaneses, denunciaron después que el régimen de Jartum había armado y entrenado a los terroristas egipcios que perpetraron el ataque. Además mantienen que entraron a Etiopía a través de Sudán. El conflicto fronterizo por el triángulo de Halaib, las acusaciones recíprocas de injerencia y las posiciones encontradas respecto al integrismo islámico han abierto entre Egipto y Sudán, dos regímenes antagónicos, una crisis que tiene como trasfondo el dilema que divide al mundo islámico en la actualidad.

Independientemente de la autoría del atentado contra el presidente Mubarak el pasado junio y del resultado de las investigaciones que lleva a cabo hasta la fecha el Gobierno etíope, la confrontación entre Egipto y Sudán ha planteado algo más que un enfrentamiento entre dos naciones. La frontera trazada a lo largo del paralelo 22 separa las dos formas de gobierno más opuestas que se pueden encontrar en el contexto de las sociedades islámicas. Una bipolarización aún más pronunciada por la división surgida en el universo islámico tras la guerra del Golfo, que se presenta en dos vertientes. Por un lado, el modelo egipcio plantea un islamismo oficialista y reaccionario, marcado internamente por la falta de democracia y la corrupción de sus instituciones. En el exterior, los logros diplomáticos y el apoyo de EE.UU. (es el segundo país receptor de ayuda norteamericana después de Israel) le sitúan en una posición clave para la estabilidad de Oriente Medio.¹

¹ Ver Azza M. Karam, "Feminismo e islamismo en Egipto: en busca de nuevos paradigmas", en este número de *Papeles*.

Antonio López Pulido es periodista y colaborador del CIP.

El movimiento integrista egipcio, pese a la política represiva emprendida desde hace varios años, se encuentra activo y cuenta cada vez más con el respaldo de una sociedad deprimida y en condiciones de extrema pobreza.

Por otro, Sudán es desde 1991 un refugio de movimientos integristas y en la meca del islamismo revolucionario, que se reúne anualmente en Jartum. Washington le ha incluido en la lista de países que financian y apoyan el terrorismo internacional y ha denunciado la existencia de diversos campos de entrenamiento de terroristas dentro de sus fronteras. Detrás de la cúpula militar en el poder se encuentra la junta islámica presidida por Hassan al-Turabi, que es considerado el líder del islamismo radical. Su acción exterior se centra en el objetivo de implantar en las naciones musulmanas gobiernos islámicos regidos por la *sharia* (Ley islámica).

Resulta coherente que Egipto haya recurrido a la excusa sudanesa. Implicando a una supuesta trama extranjera en el atentado, Mubarak esquivo la responsabilidad que le concierne por la situación de extrema inestabilidad por la que atraviesa su país. En 1981, Anuar el-Sadat, predecesor de Mubarak, fue asesinado por integristas egipcios cuando Sudán tenía un gobierno laico y sus relaciones con Egipto eran excelentes. Desde 1993 los servicios secretos egipcios han revelado al menos ocho tentativas de asesinato contra el presidente.²

El movimiento integrista egipcio, pese a la política represiva emprendida desde hace varios años, se encuentra activo y cuenta cada vez más con el respaldo de una sociedad deprimida y en condiciones de extrema pobreza. Su obligación religiosa es la de "combatir al Estado impío". Yamá Islamiya, que se responsabilizó del atentado ocho días después de cometerse, y Jihad son los dos grupos integristas egipcios más importantes y los autores de la mayoría de los ataques violentos perpetrados desde 1992 contra las fuerzas de seguridad, la minoría cristiana copta o los turistas extranjeros. Ideológicamente están respaldados por la influyente Hermandad Musulmana, que continúa ilegalizada desde 1954, aunque es oficialmente tolerada. Esta formación surgió en 1928 y es considerada como el origen de todos los movimientos islamistas de este siglo. En 1948 se implantó en Sudán, precisamente por influencia egipcia, y actualmente domina la escena política sudanesa manteniéndose detrás del Frente Nacional Islámico (FNI) de al-Turabi.

Durante la década de los ochenta, el gobierno egipcio propició una mayor permisividad política en parte para legitimar su presencia en el poder. Por esta razón, desde 1984 la Hermandad Musulmana egipcia participa en las elecciones parlamentarias gracias a las alianzas con otros partidos legales. A pesar de esta medida de control, la Hermandad Musulmana fue el partido de la oposición que obtuvo un mayor respaldo popular en las elecciones de 1987. Para Martín Muñoz, "el fenómeno de la violencia que algunos países como Argeleia y Egipto están experimentando en los últimos años (...) no tiene su origen en el hecho de que esos grupos pertenezcan al ala más radical del islamismo sino, sobre todo, en la actitud política de los respectivos gobiernos desde los dos últimos años".³

La represión que el régimen de Mubarak aplica incluso a las tendencias islamistas más moderadas y legalistas ha llevado la vida política egipcia por una deri-

² *Le Monde*, 29 de junio de 1995.

³ Gema Martín Muñoz, "Integrismo y democracia en tierras del Islam", *Historia* 16, 1995, pp. 49-54.

va autoritaria basada principalmente en la lucha anti-islamista que “alimenta el cuadal simbólico del *martirologio* islamista en vez de someterlo al desgaste de la acción política”.⁴

Por su parte, es conocido el apoyo que Sudán presta a los terroristas egipcios, que dominan la provincia sur del país, junto a la frontera con Sudán, perfectamente permeable para ellos. A través de este país reciben buena parte de las ayudas financieras que llegan desde Irán, Irak y otras naciones solidarizadas con la causa integrista.

La hipótesis del atentado

Los analistas más retorcidos se han aventurado a afirmar que el atentado podría haber sido una maniobra diseñada desde los propios intereses egipcios, norteamericanos e, incluso, israelíes. Otros, como Abdel Aziz Gafar, un antiguo oficial de los servicios de información sudaneses, han declarado que Jartum lleva desde 1990 planeando el asesinato de Mubarak. Dos hechos convierten a la trama sudanesa en una hipótesis casi irrefutable: la coincidencia del ataque con una importante redada de armas procedentes de Sudán llevada a cabo por la policía egipcia unos días antes del atentado y el hecho de que algunos de los terroristas dispararan desde un piso por sudaneses.

Pese a que por el momento todo son hipótesis, Mubarak ha sabido sacar partido del sentimiento que se ha despertado en la sociedad egipcia tras sus acusaciones a las tramas extranjeras. Este sentimiento, con el cual el pueblo egipcio necesita identificarse, ha cristalizado en un nacionalismo que refuerza la figura del propio presidente egipcio y le aferra al poder de una manera casi divina. La utilización de los conflictos fronterizos para reforzar los nacionalismos internos es una práctica habitual de los gobiernos que, recientemente, quedó patente entre Perú y Ecuador. Durante las dos semanas posteriores al atentado, Mubarak ha estado presente en las pantallas de televisión, y sus discursos y proclamas han sido seguidos con delirio por la ciudadanía egipcia.

El desacuerdo en Halaib

La tormenta verbal y diplomática desatada tras el atentado adquirió su nivel más alto a raíz de los enfrentamientos mantenidos entre las fuerzas armadas egipcias y la policía fronteriza sudanesa en el disputado territorio de Halaib. Sin cifras concretas, ambas partes aseguraron haber sufrido bajas en sus respectivos bandos. La cuestión fronteriza afecta a una zona triangular de 16.000 kilómetros cuadrados en la costa del mar Rojo que se encuentra entre ambos países y en la que ambos países desplegadas fuerzas militares. Es una zona desértica, epro potencialmente rica en petróleo.

Los egipcios se aferran a un tratado firmado en 1899 por el entonces ministro de Exteriores egipcio Boutros Ghali, abuelo del actual secretario general de la ONU. Por este documento, la entonces potencia colonial, Gran Bretaña, reconoció

⁴ Ibidem, pág. 54.

El Gobierno de Jartum utilizó una arma recurrente: las restricciones en el agua del Nilo para disuadir a Egipto en sus ataques contra los puestos fronterizos sudaneses.

que la frontera entre ambos países quedaba dibujada a lo largo del paralelo 22. Por lo tanto Halaib entraba en las demarcaciones egipcias. Los sudaneses, por su parte, afirman que en un tratado administrativo posterior (1902) se trazaba una nueva línea divisoria desde el paralelo 22 hasta el mar Rojo, que creaba un triángulo que en su base mide unos 300 kilómetros de largo. A partir de 1956, cuando Sudán accedió a su independencia, este país reclamó 1902 por el que se constataba que el territorio era sudanés. Algo que Egipto siempre ha rechazado.

Tras el atentado, el cruce de acusaciones y los diversos enfrentamientos, las fuerzas militares egipcias fueron ampliamente reforzadas en la zona. Mubarak ordenó inmediatamente la expulsión de once de los puestos de la policía sudanesa, encargada hasta el momento de vigilar el territorio. Sudán, por su parte, reforzó días más tarde su presencia militar en la región. Pero las capacidades militares de este país son considerablemente inferiores a las egipcias,⁵ teniendo además en cuenta la guerra civil que sacude el suro del país subsahariano desde su independencia.

En una reacción inmediata, el Gobierno de Jartum utilizó una arma recurrente: las restricciones en el agua del Nilo para disuadir a Egipto en sus ataques contra los puestos fronterizos sudaneses. Desde 1959 Egipto y Sudán respetan a duras penas un acuerdo sobre la distribución de las aguas del río africano por el que se concede al primero una cuota de 55.500 millones de metros cúbicos anuales, mientras que al segundo le corresponden 18.500 millones.

Como respuesta inmediata, el Gobierno egipcio presentó los proyectos que tiene previsto llevar a cabo en el territorio de Halaib. Estos son, sin duda, un nuevo elemento de amenaza para la paz entre ambos países. El ministro de Información egipcio anunció a la semana del atentado la creación de una emisora de radio en el territorio, que servirá de órgano de expresión egipcio. El ministro anticipó que se destinarán al efecto unos 38 millones de dólares. Otros proyectos prevén la creación de tres plantas hidráulicas y otras tantas eléctricas, y una carretera que enlazará la región con las provincias del Alto Egipto. Perspectivas más a largo plazo anuncian inversiones de tipo turístico y agrícola.

Este empeño no resulta nuevo en la política egipcia. En los tres últimos años, Egipto ha dado pasos para ratificar su soberanía "de facto", con medidas como la concesión del carné de identidad egipcio a los miembros de las tribus nómadas formadas por la mayor parte de los habitantes de la zona.

Vencindad interesada

La no utilización del río Nilo y su caudal como elemento de chantaje ha sido desde hace años parte del acuerdo implícito de convivencia fronteriza mantenido entre ambos países. Este pacto podría romperse si, en virtud de las advertencias hechas por Jartum durante toda la crisis, Egipto no cede en su actitud de adoptar medidas diplomáticas y militares drásticas contra Sudán.

⁵ Datos del Instituto de Estudios Estratégicos, señalan que Egipto tiene 430.000 soldados frente a un ejército sudanés de 72.800 efectivos. *Military Balance*, IISS, Londres, 1995.

En esa vecindad convenida viene influyendo desde hace años del régimen que ocupa el poder. Durante el mandato de Gaafar el-Numeiry (1969-85), las relaciones amistosas propiciaron la firma de pactos defensivos (1976) y de acuerdos de integración (1982). Los servicios en los terrenos diplomático y militar eran tan habituales como la presencia de tropas egipcias en territorio sudanés. El de Numeiry fue –junto a los de Omán y Somalia– uno de los tres regímenes árabes que en 1979 apoyaron los acuerdos de Camp David que establecían la paz entre Egipto e Israel. A lo largo de esta etapa, la política de seguridad entre ambos países llegó a un extremo de identificación absoluta. Cuando en marzo de 1984 Libia bombardeó Omdurman, la segunda ciudad sudanesa más grande, Egipto desplegó más de 2.000 hombres en su defensa.⁶ Con su intervencionismo, Egipto controlaba la creciente influencia que los Hermanos Musulmanes adquirían en la vida pública sudanesa y el posible contagio revolucionario en el castigado movimiento integrista egipcio.

La caída del régimen de Numeiry y el ascenso al poder de Mahdi, con su alineamiento con Libia, enfrió las relaciones entre ambos países, por lo que Mubarak se apresuró a reconocer a al-Bashir como presidente tras el golpe de Estado de julio de 1989 y a realizar un sorprendente viaje días más tarde a Jartum. Poco después, Egipto rompió relaciones con al-Bashir al comprobar el carisma integrista del régimen y su apoyo a Irak durante la guerra del Golfo.

Desde 1990, la preocupación egipcia por el proceso de radicalización musulmana emprendido por el único régimen militar e islámico del mundo le ha impulsado a mantener y respaldar a la oposición sudanesa en el exilio egipcio, con la ayuda de EE.UU. La Alianza Nacional Democrática (AND), que agrupa a la mayoría de las fuerzas políticas y sindicatos en contra del Gobierno sudanés, se ha erigido como una única voz democratizadora desde El Cairo.

Ahora el futuro de las relaciones entre las dos naciones queda pendiente de un hilo. Si las medidas egipcias siguen en pie, 3,5 millones de sudaneses podrían perder su permiso de residencia en Egipto. Muchos de ellos no podrían volver a su país puesto que lo abandonaron huyendo de la guerra civil. Por otro lado, todas las acciones emprendidas desde ambas partes han enrarecido demasiado las posibles alternativas al entendimiento: interceptación de valijas diplomáticas sudanesas, exigencias de visados y permisos de residencia temporales para los sudaneses en Egipto, detenciones injustificadas de ciudadanos egipcios en Jartum, bloqueo de las comunicaciones aéreas en ambos lados de la frontera, etcétera.

Profecías preocupantes

La bomba de relojería que es actualmente Egipto ha esta a punto de estallar. La muerte de Mubarak habría generado una convulsión general del proceso de paz en Oriente Medio y de todo el sistema de alianzas y equilibrios que éste conlleva.

Históricamente Egipto ha sido la vanguardia de los cambios experimentados por las sociedades islámicas. El recrudecimiento de la lucha entre integristas y

Ahora el futuro de las relaciones entre las dos naciones queda pendiente de un hilo. Si las medidas egipcias siguen en pie, 3,5 millones de sudaneses podrían perder su permiso de residencia en Egipto.

⁶ Samuel M. Makinda, "Security in the Horn of Africa", *Adelphi Papers*, n° 269, Londres, verano 1992.

Gobierno podría extenderse a otras naciones. Argelia ofrece un crudo ejemplo al respecto y el régimen sudanés, por boca de su líder al-Turabi, ha emitido profecías preocupantes en esa línea.

El régimen de Mubarak, que se encuentra acorralado por su propia vulnerabilidad, debe procurar a toda costa la salida del estancamiento económico y democrático en el que se encuentra desde que se impusiera el estado de excepción tras el asesinato de Sadat.

Pese a que en ningún momento se pensó que la crisis pudiera desembocar en una confrontación bélica, dadas las comprometidas circunstancias de Egipto, el incidente con Sudán es muy grave.

Si Jartum, como ha demostrado, pretende convertirse en el motor del integrismo radical islámico, busca, en consecuencia, fomentar el egipcio. Pero los problemas egipcios, como los de buena parte de la región, no se le pueden adjudicar a Sudán. En todo caso, el discurso radical en este país crece y se expande gracias a los fallos estructurales del régimen egipcio y, más en general, los regímenes autoritarios seculares pero sin orden democrático, en Oriente Medio.